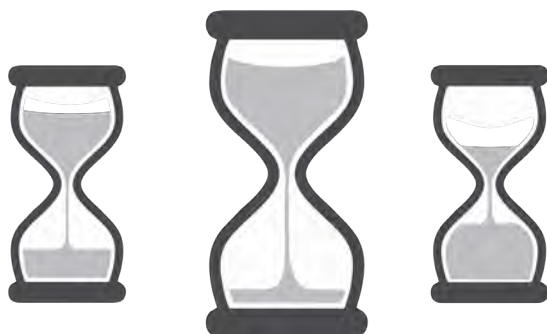


CAPÍTULO 1

LA VIDA ES BELLA



LA VIDA ES BELLA

No siempre nos detenemos a pensar en el verdadero valor de las cosas. Generalmente, las valoramos cuando las perdemos. Puede ser un objeto sencillo de la casa, una herramienta, algo cotidiano que parecía insignificante. Pero también puede ser mucho más profundo: un amigo, un familiar, los padres, la esposa, el esposo o alguien que formaba parte de nuestra vida de manera tan natural que creíamos que siempre estaría allí. Y cuando falta, todo cambia. Hay ausencias que golpean fuerte, porque alteran nuestra forma de vivir, nuestra rutina y hasta nuestra manera de mirar el mundo. Pero existe una ausencia aún más profunda, una pérdida que no puede reemplazarse de ninguna manera: la vida. Tener vida es una bendición. Pero saber cómo vivirla, es una responsabilidad. La vida, en términos generales, puede entenderse como un espacio de tiempo finito dentro del marco de la eternidad. Dios asigna a cada ser humano un tiempo determinado. Un período limitado, pero profundamente valioso. Y no lo hace al azar, sino con un propósito.

No estamos aquí simplemente para existir. A diferencia de cualquier otro ser creado —del reino animal o vegetal—, el ser humano fue diseñado con sentido de eternidad y con una misión específica. Fuimos creados para cumplir un propósito. Cada persona ha sido formada con precisión, con intención, con un diseño particular. No somos accidente, tampoco somos casualidad, ni estamos aquí solamente para pasar los días. Cuando una persona no logra alinearse con ese propósito, o decide ignorarlo, comienza a sobrevivir en lugar de vivir. Y hay una gran diferencia entre ambas cosas. Sobrevivir es levantarse, caminar, cumplir rutinas, sostener obligaciones... pero sin dirección, sin sentido, sin verdadera plenitud. Es avanzar arrastrando los pies. Es transformar la experiencia maravillosa de vivir en una carga pesada, en un problema o, en algunos casos, en un verdadero calvario.

Por eso es tan importante que cada uno pueda detenerse y preguntarse, desde lo más profundo: *¿Por qué estoy aquí? ¿Para qué fui creado? ¿Cuál es el propósito de mi vida?* Estas no son preguntas filosóficas solamente. Son preguntas urgentes. Porque una vida sin propósito puede tener movimiento, pero no necesariamente tiene destino. Y ahí aparece algo fundamental: la dimensión espiritual. Interpretar la vida únicamente desde lo material siempre deja un vacío. Porque el ser humano no fue creado solo para producir, consumir o sobrevivir. Y esa comprensión solo llega cuando permitimos que Dios nos muestre el verdadero sentido de nuestra existencia. Ciertamente, el paso de los años es inevitable; el tiempo avanza, el cuerpo cambia, las etapas se suceden. Somos parte de la vida, pero no elegimos sus condiciones iniciales. No decidimos cuándo nacer, ni dónde, ni en qué contexto. Pero sí podemos decidir cómo vivir.



***El ser humano
fue diseñado
con sentido
de eternidad y
con una misión
específica.***



Y allí es donde las enseñanzas de la Biblia se vuelven indispensables. Para mí, la Biblia siempre ha sido mucho más que un libro religioso: ha sido un verdadero manual de instrucciones. En lo personal. En lo familiar. En lo económico. En lo social. En lo espiritual. La Biblia nos enseña a interpretar correctamente el sentido de la vida. Por eso el salmista, en el Salmo 90:12, hace una oración extraordinaria:

“¡Enseñanos a contar bien nuestros días, para que en el corazón acumulemos sabiduría!”

Qué profundidad hay en esa frase. No se trata solo de saber que la vida es breve. Se trata de entender esa brevedad de tal manera que eso produzca sabiduría. Porque cuando comprendemos que el tiempo es limitado, empezamos a vivir diferente. Elegimos mejor.

Valoramos más. Perdemos menos tiempo en cosas vacías. Y comenzamos a caminar con mayor conciencia. No es una sugerencia. Es un consejo sabio.

La Biblia nos muestra que existen, en esencia, dos formas de vivir la vida. La primera: aplicando los principios, valores y enseñanzas de Dios. La segunda: vivirla “a nuestra manera”, tal como lo decía el famoso Frank Sinatra. Y a esta altura de la historia, sobran ejemplos de ambas formas. Hemos visto vidas construidas con sabiduría, propósito y paz. Y también vidas llenas de logros aparentes, pero vacías por dentro.

Cuando alguien decide vivir a la manera de Dios, suele encontrarse con algo que todos buscan, aunque a veces no sepan nombrarlo: realización. No hablo solo de éxito económico o reconocimiento. Hablo de la paz de saber que uno está donde debe estar. De la satisfacción de haber vivido con sentido. De mirar hacia atrás y saber que valió la pena. Cuando una persona vive para cumplir el propósito para el cual nació, su vida deja huella. Su descendencia es bendecida. Su entorno cambia. Su legado permanece. Y

quizás esa sea una de las mayores alegrías que alguien puede experimentar con el paso de los años: mirar el camino recorrido y descubrir que no se vivió en vano. Que hubo una estela. Una marca. Una huella. Algo que otros podrán aprovechar, continuar y aprender. Porque vivir bien no es solamente llegar lejos. Es dejar un camino mejor para los que vienen detrás. Y ahí, recién ahí, uno puede decir con verdad: la vida realmente es bella.

La definición de la vida que encontramos en el Salmo 90:12 es, sencillamente, extraordinaria. Allí se nos invita a entender algo que muchas veces olvidamos: la vida es breve, y justamente por eso debe ser vivida con sabiduría. “Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría”. Qué profundidad tiene esa oración. No se trata solamente de saber que el tiempo pasa, sino de aprender a vivir cada día con conciencia, con propósito y con dirección. Que podamos vivir de acuerdo con valores sanos, principios firmes y una visión correcta de la existencia, garantiza que nuestra vida no sea simplemente una sucesión de días, sino una historia bien vivida.



***Vivir bien no
es solamente
llegar lejos. Es
dejar un camino
mejor para los
que vienen
detrás.***



Debo dejar algo muy claro: cuando hablo de principios bíblicos, no lo hago como una imposición religiosa sino como una fuente de inspiración y referencia. La Biblia no pertenece solamente a un grupo determinado. No es un libro exclusivo para evangélicos. Puede leerla un judío, un ateo, un profesional, un empresario o cualquier persona que desee encontrar sabiduría práctica para la vida. Porque los principios que allí encontramos trascienden estructuras religiosas. Son verdades aplicables a cualquier persona, en cualquier espacio donde se desarrolle. En ese recorrido por la Biblia descubrimos algo maravilloso: cuando

fuimos creados, también fuimos equipados con la capacidad de admirar. Podemos distinguir lo bello de lo feo. Lo completo de lo incompleto. Lo perfecto de lo imperfecto.

Y aunque parezca una obviedad decirlo, vale profundamente recordarlo: tu vida, la mía y la de cada persona es única. No hay otra igual. Cada existencia tiene su propia historia, su propio diseño, su propia belleza. Por eso no dejamos de sorprendernos ante la creación: la luz, la oscuridad, las estrellas, el cielo, el orden perfecto de la naturaleza, la armonía de todo lo creado... y nosotros incluidos dentro de esa maravillosa obra. Eso impacta. Eso emociona. Eso nos recuerda que vivir no es un accidente, sino un privilegio. Y hay algo aún más extraordinario: a diferencia de cualquier otro ser creado, nosotros no solo existimos... también creamos. Creamos ideas. Creamos vínculos. Creamos proyectos. Creamos familias. Creamos legado. Cada uno de nosotros, en cierta forma, es un creador de una clase de vida que debería ser considerada una verdadera obra de arte.

Cuánto bien hace poder afirmar —y aun gritar—: *¡La vida es bella!* Vivir es un privilegio. Respirar, caminar, amar, aprender, crecer, construir, equivocarse, corregir, volver a empezar... todo eso forma parte de este regalo extraordinario. Y cada minuto debería despertar en nosotros gratitud. Pero también he aprendido algo importante con el paso de los años: la vida no es bella solamente cuando todo sale bien. También lo es cuando llegan las dificultades. Cuando aparecen obstáculos. Cuando hay pérdidas. Cuando llega la enfermedad. Cuando atravesamos dolores, traiciones, frustraciones, desengaños o injusticias. La belleza de la vida no desaparece porque existan momentos difíciles. La vida sigue siendo valiosa incluso en medio del sufrimiento. Porque vivir no significa ausencia de problemas, significa tener la capacidad de atravesarlos sin perder el sentido. La vida tiene en sí misma el poder de hacer que los momentos malos no la conviertan en una mala experiencia. Por eso necesitamos prepararnos. Necesitamos fortalecernos; desarrollar carácter, fe y madurez para atravesar los tiempos difíciles con la fortaleza con la que fuimos equipados por nuestro Creador.

Y si hablamos de esto, hay un personaje bíblico que siempre me impacta profundamente: Job. Lo admiro porque representa la fe y la perseverancia en uno de los escenarios más extremos que un ser humano puede atravesar. Job era un hombre próspero. Tenía bienes, una familia hermosa, una posición estable. Su esposa. Sus siete hijos varones. Sus tres hijas. Y de pronto, sin explicación, comenzó a perderlo todo: sus bienes, sus hijos, su estabilidad. Es fácil escribirlo. Es inmensamente difícil comprenderlo. Y en medio de semejante devastación, Job pronunció una frase que quedó grabada para siempre: “El Señor me dio, y el Señor me quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!” (Job 1:21). Increíble. Sorprendente. Admirable. Job no maldijo a Dios, tampoco renegó ni exigió explicaciones. Permaneció íntegro. Y eso me impresiona profundamente.

Porque incluso su esposa, en medio del dolor, le dijo con dureza: “¿Todavía insistes en seguir siendo perfecto? ¡Maldice a Dios y muérete!” (Job 2:9). Qué frase dura. Pero aún allí, la respuesta de Job fue firme: “¿Acaso hemos de recibir de Dios solo bendiciones, y no las calamidades?” (Job 2:10).

Eso revela una madurez espiritual extraordinaria. Job entendía algo que muchos olvidamos: la vida incluye ambas cosas. Momentos buenos y momentos malos. Y, aun así, sigue siendo bella. Job no necesitó entender todo para seguir creyendo. No reaccionó desde la desesperación. No rompió su relación con Dios por no comprender el proceso. Mantuvo reverencia. Mantuvo respeto. Mantuvo fe. Y eso lo convirtió en un modelo poderoso para todos



***A diferencia de
cualquier otro ser
creado, nosotros no
solo existimos...
también creamos.
Creamos ideas.
Creamos vínculos.
Creamos proyectos.
Creamos familias.
Creamos legado.***



nosotros. Porque vivir bien no significa vivir sin dolor. Significa atravesar el dolor sin perder la esperanza.

Estoy convencido de que debemos mirar a Job como un ejemplo a imitar. Una vida firme. Una fe madura. Una integridad que no depende de las circunstancias. Gracias a Dios por hombres así, por modelos que nos inspiran a vivir con mayor profundidad. Porque, al final, la verdadera belleza de la vida no está en que todo salga perfecto, sino en aprender a vivir cada etapa con sabiduría, con propósito y con fe. Y cuando uno logra eso, puede decir con convicción: sí, la vida realmente es bella.

Viajar ligero

Venimos afirmando que la vida es bella. Y también que es breve. Las etapas pasan más rápido de lo que imaginamos. Los años avanzan casi sin pedir permiso. Y llega un momento en que uno descubre algo que no siempre quiso aceptar: la vida no es tan larga como pensábamos. Muchas veces, incluso termina siendo más corta de lo que necesitábamos.

Por eso, en este transitar tan único y tan valioso, hay un principio que considero fundamental: debemos aprender a viajar ligeros. Viajar ligero significa avanzar con pocas maletas. Llevar con nosotros solamente aquello que realmente necesitamos. Porque cuando cargamos demasiado, el viaje se vuelve más lento, más pesado y hasta más doloroso. Hay cargas que no ayudan a vivir, solo cansan.

Y aunque parezca simple, no siempre resulta fácil. Por naturaleza, muchas personas tienden a acumular. Guardamos cosas, objetos, recuerdos, preocupaciones, culpas,



***Vivir bien no
significa vivir
sin dolor.
Significa
atravesar el
dolor sin perder
la esperanza.***



relaciones desgastadas, proyectos que ya terminaron y hasta dolores que debieron haber sido soltados hace mucho tiempo. A veces conservamos cosas que ya no cumplen ninguna función, pero seguimos aferrados a ellas. Hoy incluso existe una definición clínica para eso: el llamado “síndrome del acumulador”. Personas que siguen cargando con lo inútil, con lo innecesario, con aquello que ya no sirve, pero que por alguna razón no logran soltar. Y eso también ocurre en la vida emocional, espiritual y financiera. Es como preparar un viaje de tres días y llevar una valija por cada día. No tiene sentido. Para viajar liviano, hay que elegir. Y elegir también significa renunciar.

La Biblia tiene un consejo extraordinario sobre esto. Dice Eclesiastés 9:10:

*“Todo lo que te venga a la mano para hacer,
hazlo según tus fuerzas.”*

Qué consejo tan simple y tan profundo. No dice que hagamos todo. No dice que tomemos todas las oportunidades. No dice que aceptemos cada propuesta. Dice: **según tus fuerzas**. La Biblia Nueva Versión Internacional lo expresa así:

“Todo lo que te venga a la mano para hacer, hazlo bien...”

Y ahí aparece una gran verdad: no se pueden hacer demasiadas cosas al mismo tiempo y hacerlas bien. Es imposible. Querer abarcar todo suele terminar en agotamiento, frustración y mediocridad. Por eso, el sabio propone una medida sana: actuar de acuerdo con nuestras fuerzas, nuestras posibilidades y nuestra realidad. Eso también significa aprender a decir que no. Y eso cuesta. Porque muchas veces creemos que toda oportunidad debe ser aprovechada. Que toda puerta abierta debe cruzarse. Que toda propuesta debe aceptarse. Pero no siempre es así. Hay trabajos que no debemos tomar. Hay negocios que no debemos hacer. Hay relaciones que no debemos sostener. Hay compromisos que no debemos asumir. ¿Por qué? Porque no todo lo posible es conveniente. Y porque si no medimos nuestras fuerzas, terminamos perdiendo paz, salud y propósito. A veces, decir “no” también es sabiduría.

¡Viajar ligero es un gran consejo! Y se vuelve todavía más importante cuando llegan tiempos de abundancia. Porque cuando aumentan los bienes, también aumentan las responsabilidades. Más recursos suelen traer más exigencias. Más propiedades, más administración. Más crecimiento, más personas involucradas. Más dinero, más decisiones. Y muchas veces también aumentan quienes consumen eso que uno logró construir.

Por eso, crecer no siempre significa vivir mejor. Si el crecimiento no viene acompañado de sabiduría, puede transformarse en una nueva forma de esclavitud. Uno trabaja más, se preocupa más, administra más... y termina teniendo menos vida. Y ahí aparecen las preguntas incómodas pero necesarias: ¿De qué sirve tener más, si ya no tienes tiempo para disfrutarlo? ¿De qué sirve luchar tanto por construir algo, si al final solo te queda mirar cómo otros lo usan mientras tú ya no tienes fuerzas? Por eso insisto: viaja ligero. Lleva lo útil. Lleva lo necesario. Lleva lo que suma. Suelta lo que pesa. Lo que retrasa. Lo que ahoga. Porque vivir bien no consiste en acumular más, sino en aprender a cargar menos. Viajar liviano no es una moda. Es una necesidad vital. Es una forma sabia de transitar la vida. Y quizás una de las mayores muestras de madurez sea justamente esa: saber qué conservar... y saber qué soltar.



Crecer no siempre significa vivir mejor. Si el crecimiento no viene acompañado de sabiduría, puede transformarse en una nueva forma de esclavitud.



Si nuestro objetivo es disfrutar la vida porque es bella y totalmente disfrutable, deberemos reconocer que los aspectos financieros tienen mucho que ver. Por eso en las próximas páginas, y con suma responsabilidad, abordaremos asuntos claves para que el dinero y lo que con él podemos hacer, no nos arruinen y amarguen la vida.



PARA QUE TU VIDA SEA BELLA, DEBES:

1. Vivir con propósito

- No fuimos creados solo para pasar los días. Cuando una persona descubre para qué vive, todo cambia. Una vida con propósito tiene dirección.

2. Aprender a valorar lo simple

- Muchas veces lo más valioso no es lo más costoso. La familia, la salud, la paz, una conversación sincera, una mesa compartida. Lo esencial casi siempre es sencillo.

3. Caminar con gratitud

- La gratitud cambia la manera de mirar la vida. El que agradece disfruta más. El que se queja, nunca alcanza. Agradecer también es sabiduría.

4. Viajar ligero

- No cargar con culpas, rencores, excesos ni preocupaciones innecesarias. Soltar también es una forma de vivir mejor.

5. Tener relaciones sanas

- La vida se vuelve pesada cuando se vive en conflicto constante. Elegir bien a quienes caminan con nosotros hace una gran diferencia. La paz relacional embellece la vida.

6. Aprender de los momentos difíciles

- La vida no es bella solo cuando todo sale bien. También en el dolor se aprende, se madura y se crece. Las pruebas también forman.

7. Administrar bien los recursos

- El desorden financiero roba paz. Saber administrar tiempo, dinero y energía trae estabilidad. La buena administración también mejora la vida.

8. Servir y ayudar a otros

- La vida pierde sentido cuando todo gira alrededor de uno mismo. Dar, acompañar y bendecir a otros produce verdadera plenitud. El que sirve, vive más profundamente.

9. Mantener la fe y la esperanza

- No todo se entiende, pero todo se puede atravesar mejor con fe. Creer que hay propósito aun en medio de la dificultad sostiene el corazón. La fe en Dios le da sentido al camino.

10. Dejar una buena huella

- Vivir no es solo llegar lejos. Es dejar algo valioso para los que vienen detrás. Una vida bella deja legado.



“Administrar es la mejor oportunidad
de ayudar a otros a convertirse
en mejores personas.”

Clayton Christensen